

DISCURSO DEL SEÑOR DOCTOR ALFREDO PEREZ GUERRERO, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Señores:

Celebra hoy la Universidad Central una fecha más de su fundación. Cada año en la vida de las instituciones y de los hombres, es como un punto de llegada y un punto de partida, un mirar al pasado para juzgar de la obra cumplida y acabada y un estímulo de esperanza y de fe que parte de esa obra para adentrarse en la incertidumbre del futuro y avisorar las nuevas etapas. La vida tiene esa actitud cuando es realmente vida: no puede satisfacerse con la acción del ayer por heroica y grande que ella sea, ni dar por cumplida su tarea con las conquistas hechas; sino que necesariamente ha de partir de esa tarea y de esa acción para mantenerlas y para superarlas. Porque para que lo que fué siga siendo en el presente y manteniéndose en lo futuro, es preciso la acción de todos los días, y cuando ella desaparece o se amengua, el pasado se adentra en la sombra de la muerte y es apenas un recuerdo o una página amarilla de la historia. Hay que luchar para conservar las conquistas de la voluntad y del espíritu que son la cultura, la libertad, el bien, y esa lucha es la raíz de toda vida. Y no basta el conservar lo obtenido tras de duros esfuerzos y fatigas; no basta luchar para mantener intactos los tesoros del ayer, sino que es preciso seguir adelante, tener fe en que en el inmenso mar de lo desconocido hay aún nuevos mundos por descubrir para aumentar el bienestar y la felicidad de los hombres.

Y es que, mientras los procesos de la materia y del instinto parecen seguir un círculo cerrado, igual siempre, sujeto a leyes invariables y a reacciones uniformes y previsibles,

los procesos del espíritu están movidos por la fuerza maravillosa y desconcertante de la libertad. Es ésta esencia y excelencia del hombre, y es ésta también y, por ello mismo, su tragedia. La libertad ha creado las civilizaciones y culturas y las organizaciones sociales, desde el clan y la horda hasta la nación y las comunidades de naciones; la libertad obligó al hombre a ponerse de pie para contemplar todas las alturas y todos los horizontes y para extraer de ellos la religión, el arte, la ciencia, y la belleza. La libertad es, por eso también trágica, porque no tiene meta ni cumbre definitivas: de cada meta parte un camino y detrás de cada cima hay otras más altas y lejanas; y entonces el alma humana es un perenne anhelar, una continua busca, una interrogación que no encuentra respuesta, y anda a cuestas con su afán y su esperanza, como Sísifo.

Nuestra Universidad ha cumplido un año más, y es una Universidad con vida y con espíritu. Nació hacen varias centurias con vitalidad poderosa, con esa vitalidad de siglos que tienen las instituciones enraizadas en el pueblo. Ha librado rudas batallas por la ciencia, por la cultura y por la libertad. Dió el pensamiento de sus hombres para la gesta de la Independencia de Ecuador y de América. Formó centenares y millares de profesionales al servicio de la Patria. Dictó sus lecciones de democracia y de civismo, y no dudó en rubricar con la sangre y el sacrificio de sus maestros y de sus alumnos, sus enseñanzas. Porque sabe que la sangre y el sacrificio consagran y dan perdurable valor a las palabras. Sangre y sufrimiento han sido siempre las savias que alimentaron los frutos del espíritu.

Por eso, porque nuestra Universidad está plena de espíritu y de vida, ha concretado su acción y su pensamiento a defender el patrimonio de su pasado glorioso y a seguir por nuevas rutas que llevan a más lejanas y altas cumbres, de tal manera que el futuro sea digno del pasado, de tal manera que nuestra generación y las que vienen puedan tener la satisfacción de haber creado también ellas, para la ciencia y Universidad. Puesto que ella es un alto centro de la Patria, una riqueza prodigiosa. Así continúa la acción universitaria, henchida de nuevas savias, unida por una gran fe en el destino de nuestro pueblo, iluminada por una esperanza que algún día será una realidad fecunda.

Es difícil para mí detallar la obra cumplida en el curso de este año, porque una obra no puede juzgarse sola-

mente por lo que queda de ella a la vista objetivamente, sino más por el significado y el sentido de impulso hacia adelante, que la envuelve como una aureola. No puede tampoco detallarse ni exhibirse a los ojos lo que es simiente enterrada en los espíritus, o en el destino, anhelo de progreso y de cultura. Y esto es seguramente más que aquello, más durable, más eficaz, porque significa el espíritu de la Universidad y su voluntad de mantener erguida y sin dobleces su misión creadora de ciencia, de democracia, de docencia dentro y fuera de sus aulas.

Lo que se ha hecho lo conocéis vosotros y lo conoce el pueblo ecuatoriano. En lo material, han continuado las obras en que hemos puesto tanto empeño. En mayo o junio, será entregado el edificio de la Facultad de Derecho; a fines de año, el Instituto de Anatomía y quizá el Estadio Universitario: esto último depende del fervor que pongan la Federación de Estudiantes y Liga Deportiva Universitaria, cuya cooperación he solicitado.

Están adelantados los proyectos para dos pabellones de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. Hemos terminado las adecuaciones del Cuartel Real de Lima, y allí están funcionando ya varios servicios estudiantiles. Inauguramos también el funcionamiento de una prensa, una linotipo y varios implementos de imprenta.

En esas obras materiales he puesto toda decisión y empeño, porque ellas preparan el hogar de nuestra cultura y de la ciencia, tiene el derecho de poseer su casa, su hogar adecuado, y los laboratorios, gabinetes y campos de experimentación indispensables para dar a sus alumnos una enseñanza cabal, moderna y técnica. Por eso, la obra material es importante: élla condiciona y facilita en gran parte la obra del espíritu, especialmente cuando esa obra es técnica o científica.

Demando, en esta ocasión solemne, de las entidades públicas y de las semifiscales, el que apoyen la gran obra que constituye Ciudad Universitaria. Lo poco que se ha hecho es extraordinario. Con un millón y medio de sucres por año, estamos llevando adelante obras que valen por ahora más de cinco millones de sucres. Hemos tenido que gravar nuestras rentas y hacer préstamos a las Cajas de Pensiones y del Seguro. Pero la obra no puede quedar trunca y demanda nuevas y más grandes inversiones. Para ellas solicito ayuda y ojalá nos venga no solamente del Estado, sino

también de los particulares, que tienen posibilidades de hacerlo. Que piensen ellos que su aporte es un aporte para la cultura de la Patria.

La obra moral, la obra de cultura, no es posible detallarla, ni habría tiempo para su ponderación debida. Baste decir que cada una de las Facultades y Escuelas, están transformando sus métodos, sus planes de estudio, sus finalidades. Hay fervor de emulación entre ellas. No puede elogiarse la tenaz y fecunda labor de la Facultad de Medicina, sin que haya que decir iguales elogios de la de Economía, o de la de Jurisprudencia o la de la nueva Facultad de Odontología. Ni se puede ponderar bastante la obra de cultura que cumple la Facultad de Filosofía y Letras, sin recordar el trabajo abnegado que realizan las Facultades técnicas y de ciencias puras o aplicadas, a pesar de las dificultades que provienen de la falta de equipo y de laboratorios. Y si se pone de relieve la obra de Extensión Universitaria en beneficio de los trabajadores, lo mismo tiene que decirse de Universidad Popular a cargo de la Federación de Estudiantes.

Merecen elogio igualmente las Escuelas Anexas a la Universidad y los Institutos de Ciencias Económicas, Derecho Internacional y Derecho Comparado. Así mismo hay que aplaudir la tesonera labor de los funcionarios y empleados de Biblioteca, Imprenta, y más servicios Universitarios. Hoy circula un nuevo número de Anales, órgano máximo de la Universidad. En esta fecha cumple 71 años de su fundación. En sus páginas está plasmada la ciencia, la cultura, y el anhelo de los Maestros y Alumnos de este Plantel.

En el decurso del año, la Universidad ha cumplido una gran jornada de cultura, de docencia y de patriotismo. Ha demostrado especialmente honda preocupación por los problemas básicos de la Patria. Estudiantes y profesores han abordado y analizado asuntos de incuestionable interés nacional en varios aspectos.

Y en esta hora obscura en que otra vez aparece el fantasma de la guerra, dispuesto a despedazar el cuerpo de la Patria, la Universidad ha dicho también su palabra serena y alta a los ecuatorianos. Ha dicho que la guerra es un crimen; que el Ecuador anhela la paz; pero que no tolerará una ofensa a su dignidad de pueblo ni una nueva usurpación de sus derechos. Y que la Universidad, como ayer y como siempre, estará en la primera línea del peligro, para defender esa dignidad y esos derechos. No importa la peque-

ñez material de nuestro suelo; no importa que seamos pocos y que haya inferioridad de armas. Lo que importa es el acero duro de una voluntad dispuesta a todo, para reivindicar nuestro honor de pueblo y para emular las hazañas de nuestros mayores. Un pueblo no puede ser vencido cuando su causa es justa, y cuando está decidido a luchar, a vencer y a morir por ella



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL